

EDUARDO J. PADRÓN

Estamos prácticamente a la mitad del Festival Internacional de Cine de Miami que comenzó el pasado viernes y casi una semana después, el próximo sábado, 15 de marzo, ya entrega sus premios.

En apenas un abrir y cerrar de ojos han pasado por las pantallas sedes del evento, desde el venerable Teatro Olympia en el *downtown* hasta las "neónicas" y modernas salas del Regal en la concurrida Lincoln Road, de la Playa, argumentos que acontecen alrededor del mundo, con los cuales podemos identificarnos.

Me quedo maravillado como las nuevas generaciones tienen ahora el privilegio de cargar con su cine en tabletas, computadoras portátiles y hasta en teléfonos. Cuando entro a una sala tradicional, sin embargo, me convengo que donde más disfruto este arte es en la gran pantalla, que no se puede reproducir ni en la casa con el más amplio de los televisores.

Se trata de una realidad más grande que nosotros mismos y se crea como un contubernio entre todos los que asistimos por compartir una singular experiencia común, donde sentimos la risa o la tristeza del argumento y cada cual termina por elegir el punto de vista que más le aviene a su experiencia personal.

Los festivales exaltan estos encantos estéticos y vitales porque sus programadores suelen pasar el año batallando a brazo partido con distribuidores de todo el mundo para traer lo mejor a sus fieles espectadores.

Los que se encargan de nuestro Festival, el único en los Estados Unidos que se celebra bajo el amparo de una institución universitaria, conocen las particularidades de la diversidad miamense y han puesto a nuestra disposición, en esta trigésimo primera edición, cerca de un centenar de filmes con las más insospechadas historias.

Nuestra sintonía con la arena cinematográfica internacional tiene pruebas incuestionables. En el programa de este año, por ejemplo, figuran algunos de los Premios Goya, que acaban de ser otorgados en España. Grandes directores como David Trueba y Alex de la



PEDRO PORTAL/El Nuevo Herald

ASISTENTES AL festival y personal de los medios de información llenan la calle Flagler en la inauguración del 31 Festival de Cine Internacional de Miami, en el teatro Gusman, el 7 de marzo.

La ciudad del cine

Iglesia regresan con sus películas premiadas. El primero con una hermosa historia, *Vivir es fácil con los ojos cerrados*, una de las frases más famosas del cancionero de John Lennon, y el segundo, con la memorable Carmen Maura protagonizando *Las brujas de Zugarramurdi*.

Si a esto sumamos que el Oscar al mejor documental, lo acaba de obtener el mismo que abriera nuestro Festival el año pasado, *A veinte pies del estrellato*, sobre las coristas que acompañan a intérpretes famosos, resulta fácil colegir que de lo que se trata con un evento de esta categoría es explorar para el

disfrute de todos, ángulos y producciones que el llamado cine comercial no incluye entre sus propuestas.

Quedan cinco días del Festival Internacional de Cine de Miami. Ya el cinéfilo local, entre los más apasionados del mundo me atrevería a decir, y otros que llegan de ciudades aledañas e incluso de ultramar, para no perderse la fiesta, han respondido con una asistencia ejemplar a las distintas funciones.

Sé que no es fácil tomar decisiones sobre cerca de un centenar de filmes. Hasta el domingo seguiremos siendo la capital mundial del cine, por eso les recomiendo que entren a la dirección

electrónica del evento: www.miamifilmfestival.com, repasen las sinopsis y otras informaciones para que luego no lamenten haber perdido la posibilidad de ver una película que suele desaparecer de las carteleras por algún tiempo.

Fue el arte del aún cercano siglo XX y no tengo dudas de que su encanto pervivirá entre muchas generaciones por venir. Es la memoria que compartimos. Los invito, cordialmente, a que disfruten el Festival y les agradezco el apoyo que ya le han dispensado.

Presidente del Miami Dade College.